

esperaba en palacio rodeada de sus damas, la vuelta del rey y de su comitiva.

El montero, que traía según le parecía á él, una misión importante, no había cuidado de la etiqueta y llegaba hasta la reina.

—Habla—le dijo S. M. al verle llegar—¿qué hay?

—Señora, S. M. el rey mi señor ha herido de un balazo...

—¿A quién?....

—Al marqués de S. Bartolomé de los Pinales.....

—¡Dios mío!.... mi sueño.... mi sueño.... dijo la reina, y cayó desmayada en brazos de sus damas.

X.

De cómo Doña Inés consiguió lo que deseaba con el rey.

L desmayo de la reina, que ciertamente no había estado en su mano el evitar, fué interpretado maliciosamente por los cortesanos: se tomó como la declaración oficial de sus amores con Valenzuela.

La fiesta por supuesto se terminó con disgusto de todo el mundo, y la reina volvió á Madrid, llevándose al herido.

El príncipe permaneció aún aquel día en el Escorial, y los cortesanos inquietos sobre el partido que debían tomar unos siguieron á la reina y otros se quedaron con D. Carlos.

El marqués de Río-florido, con su hija, fué de estos últimos.

El rey indicó al marqués su deseo de que permaneciera en el Escorial aquella noche, y el marqués, además del interés que tenía por ganarse la confianza de Carlos, aborrecía á Valenzuela considerándolo sucesor del padre Nitardo, y creía con esto darle una muestra de desprecio.

D^a Inés conoció la intención de Carlos: el joven rey era

novicio y tímido en asuntos amorosos, pero ella supliría lo que á él le faltaba.

Por su parte el duque de Alburquerque nada sospechó, y por el contrario, se alegró infinito de aquel acontecimiento que le proporcionaba la dicha de tener á Inés mas cerca de sí.

En la tarde D^a Inés y el duque se encontraron.

—Duque—le dijo D^a Inés—tengo que darte muy grandes noticias.

—¿Cuáles son ellas, vida mia?—preguntó el duque.

—He hablado al rey.

—¿Y qué le has dicho?

—Héle hablado de tí, de tu lealtad, de tu acierto en los consejos, de Valenzuela, de su orgullo, y ¿querrás creerlo?

—¿Qué? alma mia, todo cuanto me digas lo creo.

—Me atreví á indicarle la necesidad de que él empuñara el cetro y llamara al príncipe D. Juan.

—¿Es imposible!

—Sí, duque.

—¿Y qué te contestó S. M.?

—Está su real ánimo mejor dispuesto de lo que yo me esperaba: S. M. se esplayó conmigo, le inspiré confianza sin duda porque le hablaba de tí con tanto entusiasmo, y me dijo que muy pronto daría un paso que sonaría en el mundo, y que rodeado de tan fieles apoyos del trono como el duque de Alburquerque, la monarquía sería feliz.

—¡Oh! ¡esto está muy bueno!—dijo el duque con orgullo.

—Más habria avanzado, pero un grupo de jinetes, entre los que iba Valenzuela, nos impidió seguir nuestra conversacion; sin embargo, estoy segura de alcanzar mucho si vuelvo á hablarle.

—¿Y por qué no le hablas? aún tienes tiempo.

—No sé cómo conseguir el acercarme á él.....

—Fácilmente, si quieres seguir un consejo.

—Cuanto me digas.

—Oyeme: él no debe tardar un instante en salir á pié por los jardines; yo le acompañaré é iremos por el estanque de los peces: si tú llegares por allí con el marqués de Rio-florido, es seguro que S. M. se dirijiria á hablaros, porque yo se lo indicaria, y entonces tú podrias conversar con el rey y yo me apartaria con tu padre, ¿te parece bien?

—Perfectamente, voy á disponerme y á ir en busca de mi padre.

—Y yo voy en busca de S. M.

El engañado duque se retiró creyendo cercano el triunfo, y D^a Inés con el mismo pensamiento se reunió con su padre.

Poco rato despues, por el jardin paseaban dos personas departiendo tranquilamente. El jóven rey y el duque de Alburquerque.

—¿Qué opinion has formado, duque—decia el rey—de los acontecimientos que han tenido lugar esta mañana?

—Son casualidades, señor, que en nada deben afectar á V. M.; aunque su gran corazon sienta la desgracia del marqués de los Pinales, casi puede creer V. M. que Dios dirijió la bala para castigar el orgullo de ese hombre; ya sabe V. M. que no hay una sola de las acciones de los reyes que no sea dirijida por Dios para bien de sus súbditos; aun cuando esta accion parezca insignificante á los ojos del vulgo.

—Me consuelas, duque, porque mi conciencia no estaba

tranquila; casi me arrepentía hasta de la mala voluntad que tengo á Valenzuela.

—Los corazones de los soberanos, señor, son como el espejo en donde viene á reflejar la voluntad de Dios, y si Vuestra Majestad tiene esos sentimientos respecto de Valenzuela, Dios lo quiere así, no lo dude V. M.

En aquel instante se vieron aparecer en una de las calles al marqués de Rio-florido y á su hija.

—Alguien viene allí—dijo el rey—vámonos por otro lado, que quiero estar solo.

—Son el marqués de Rio-florido y su hija—contestó el duque—personas muy adictas á la causa de Vuestra Majestad.

—¡Ah! ¿son ellos?—dijo el rey casi turbado—en tal caso si lo crees prudente les hablaremos.

—Creo que haría bien V. M. en hablarles.

Cárlos no deseaba mas que esto; así es que siguió adelante y muy pronto se encontró con D^a Inés y con su padre.

El marqués de Rio-florido no esperando que el rey le hablara, se colocó de un lado de la calle para dejarle pasar, pero Cárlos se detuvo y les dirigió la palabra.

D^a Inés le contestó, y conforme al ceremonial para no detener á Su Majestad, comenzó á andar á su lado.

El duque tomó el brazo del marqués, y como se lo había prometido á Inés, comenzó y distraerlo.

A poco el rey y la jóven se encontraron solos.

—¿Qué habeis pensado, señora, respecto de lo que acaeció esta mañana?—dijo el rey.

—Señor, que en poco ha estado que V. M. liberte al reino y se liberte así mismo de la tutela....

—Decía yo, señora, respecto á lo que os había yo dicho antes.

—No recuerdo—contestó D^a Inés fingiendo que había olvidado la declaración que le había hecho Cárlos.

—Haced un esfuerzo por recordar.

—Aseguro á V. M. que no sé á qué alude.

—¿Será preciso que vuelva yo á recordaros mi amor?

—Ah!—esclamó sonriéndose D^a Inés—creía yo que V. M. no había vuelto á pensar en eso.

—Por el contrario, pienso mas á cada momento, y debíais comprender que esta ha sido la razón porque no quise que vuestro padre volviese hoy á la corte.

—Agradezco tanto á V. M....

—Quisiera mas contar con vuestro amor que con vuestra gratitud.

—Por algo se comienza, señor.

—Es decir que estais ya en camino de amarme, que casi me amais.

—Poco á poco, señor; V. M. olvida lo que hablamos esta mañana.

—No lo olvido.... y la prueba es que como había dicho poco faltó para que me quitase para siempre del frente á ese Valenzuela.

—Es verdad, señor, pero permítame V. M. que le diga que eso fué providencial, porque quizá no hubiera sido ese el medio mas á propósito.

—¿Por qué?

—Aún cuando Valenzuela hubiera muerto, V. M. quedaba sujeto á la reina mi señora, y despues de Valenzuela vendría otro como él vino tras del padre Nitardo, y era lo mismo.

—¿Entonces qué hay que hacer?

—¿Quién reina en lugar de V. M.?

—La reina mi madre.

—¿Y el reino de quién es?

—Mio.

—¿Y cree V. M. que la religion manda á ningun hijo ceder el reino á sus padres por mas que los ame, cuando le viene al hijo la corona por derecho divino?

—Ciertamente no.

—¿Pues entonces por qué no empuña V. M. el cetro? ¿por qué no se desprende de esa tutela? V. M. me dice que me ama y yo quizá le ame tambien; yo, señor, por una pasion puedo romper con el mundo, despreciar mi decoro y caer en los brazos del rey. ¿Pero V. M. cree que yo ó cualquiera otra mujer de condicion tenga valor para sacrificarse por ser la dama de un niño sin poder y sin voluntad; del tuto reado del marqués de San Bartolomé de los Pinales?

—¿Señora! ¡eso es demasiado!

—Perdóneme V. M.; no he querido ofenderle, no he querido mas que darle una idea de su situacion, decirle, mostrándole la realidad: "señor, un paso y sereis verdadero rey," y entonces, señor, seré vuestra dama y mi amor será el menor de todas las dichas que alcanzareis. Entonces todo será vuestro, al paso que hoy estais como preso en una cárcel de oro y os divierten con un juguete mientras os usurpan una corona.

—Teneis razon, señora, teneis razon, ¿pero qué hago? de quién voy á valerme? todos los que me rodean son hechuras y amigos de Valenzuela y de mi madre.

—Menos yo, señor.

—Vos. . . . pero es que aún apenas os conozco. . . .

—Sin embargo, por lo que he dicho á V. M. puede comprender que merezco la confianza, si no el amor de V. M., como me habia dicho.

—Es verdad. . . . ¿y me amais?

—¿Si no os amara, señor, desearia veros en el trono, brillando como un sol sin nubes?

—¿Y qué creéis que debo hacer?

—Señor, llame V. M. al príncipe D. Juan de Austria su hermano, y en él tendrá V. M. un ministro fiel, un consejero sabio y un gran guerrero.

—¿Y de quién podré valerme para llamarle? ¿quién le escribirá?

—Yo, señor.

—¿Vos, tambien eso?

—Sí señor, y yo me encargaré de que llegue á su poder la carta de V. M.

—Me admirais.

—Es porque V. M. no sabe todo lo que capaz de hacer una mujer enamorada.

—¿Y vos lo estais? preguntó el rey acariciando á D^a Inés.

—Casi lo estoy, señor. . . .

—¿Pues qué esperais para estarlo verdaderamente?

—Espero que el hombre á quien amo llegue tambien á ser verdaderamente hombre.

—Pronto lo será.

—Plegue á Dios, señor; que si he de decir la verdad, anhelo por caer en sus brazos.

—Adelantad el dia.

—Temo que entonces él se olvide por la dama, de la España, y no quisiera yo ser causante de ese mal.

—Os prometo que no sucederá.

—¿Para qué quiere V. M. adelantar el tiempo? ese mismo ánimo hará que V. M. se empeñe en destruir á sus enemigos, y el dia de su triunfo será completo.

—Quisiera yo que fuese hoy—dijo Cárlos mirando expresivamente á D^a Inés.

—Será el dia que V. M. quiera, porque en su mano tiene la fortuna.

—¿Cuándo escribiremos esa carta para mi hermano el príncipe?

—Cuando V. M. lo ordene.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—Bien, ¿quereis que salga á buscaros, ó preferís llegar á mi cámara?

—Como V. M. lo quiera; nada mas procurando, señor, que nadie lo advierta.

—Bien, en tal caso á la media noche estaré en el estanque de los peces, y si quereis seguirme, os llevaré á mi cámara.

—Estaré en el estanque de los peces.

—Perfectamente; ahora busquemos á vuestro padre y al duque, porque es tarde y me aguardan en mi cámara.

El rey y D^a Inés no tardaron en reunirse al duque y al marqués.

El duque dirigió una mirada de inteligencia á D^a Inés, que la dama le contestó, y tomada del brazo de su padre se retiró á sus habitaciones.

X.

De como D^a Inés preparó un gran cambio en la monarquía española, y de como el duque de Alburquerque conoció que habia perdido la partida y jugado para otro.



A noche habia tendido sus negras sombras, y en el real palacio y monasterio del Escorial reinaba el mas profundo silencio.

Parecia que todo el mundo estaba entregado al descanso y al sueño.

Sin embargo, el rey velaba en su cámara y D^a Inés de Medina en la suya.

Al rey acompañaba el duque de Alburquerque y á D^a Inés su padre el marqués de Rio-florido, y tanto el rey como la dama habian tenido necesidad aquella noche de confiar el secreto del dia.

—Precisamente á las doce tengo que estar en el estanque de los peces—decia D^a Inés á su padre—el rey me aguardará allí.

—Pero á esas horas ¿una jóven, una dama, una doncella recatada, una mujer principal? ¿crees que voy á consentirlo?

—Pues ved, señor, cómo ha de ser, porque de ser tiene;